

Boletín Güemesiano Digital

19 años difundiendo *la más original y la menos conocida gesta emancipadora de América*

Gloria y honor a los Forjadores y sostenedores de la Independencia

Año 19 - Edición Nº 222- Marzo de 2019

Autora: Prof. María Cristina Fernández



Carga de Güemes y sus Infernales. Óleo sobre tela de Juan A. Boero

Sumario:

- * Una boda singular, por Zulema Usandivaras de Torino
- * El contexto de la forzosa huída, Parte de Güemes.
- * El sanitarismo durante la epopeya güemesiana, por René Lávaque
- * La gesta Güemesiana en el Ibero-Amerikanisches Institut
- * Palabras finales

Gloria y honor a los Forjadores y sostenedores de la Independencia

I. Una boda singular

Entre las historias registradas durante la lucha por la Independencia en territorio salteño, se destaca la de una boda singular. Roberto Vitri, en *Mujeres Salteñas*, escribió que Ana de Gorostiaga y Rioja era una dama adinerada y bella, de esmerada educación. Se casó el 4 de mayo de 1817, durante la invasión del mariscal José de la Serna, con el militar español José Manuel de Carratalá, escribiendo con esta boda, al decir de Vitri “una histórica página de amor, la que se consumó de manera dramática, entre los ataques persistentes de las tropas de Güemes, el heroico escape entre las balas de los patriotas, y los novios aun vestidos con las galas de la ceremonia religiosa, celebrada momentos antes de la forzosa huida hacia el Alto Perú”.

Ana dejó Salta y acompañó a su esposo durante la guerra por la Independencia en suelo americano y luego en España. Su hermana Jacoba se casó con Severo de Isasmendi, último gobernador realista de Salta.

Sobre la singular boda celebrada en suelo salteño durante la invasión de La Serna, se encuentran relatos de época como el de Tomás Iriarte y otros contemporáneos. Uno de ellos es el de Zulema Usandivaras de Torino quien, imaginando el suceso, escribe.

En la frialdad transparente de esas mañanas del invierno salteño, el Coronel Carratalá golpeaba con insistencia el aldabón de hierro de la puerta de su amigo Iriarte. Por una estrecha ventana del primer piso, asomó el rostro malhumorado del soldado, que descansaba acopiando energías para la larga marcha que les esperaba.

-Abra la puerta, por favor –Carratalá se refregaba las manos frías, ensayando un trote para no quedar aterido.

Muchas suposiciones pasaron, como un relámpago, por la imaginación de Iriarte: desde una catástrofe, como sería la apresurada entrada de las hordas de Güemes antes de que ellos tuvieran tiempo de evacuar el lugar, o la muerte sorpresiva de alguno de los jefes realistas, o cualquier otra felonía de los gauchos, que constantemente los hostigaban desde los aledaños. El rostro del visitante, a pesar de su visible excitación, no denotaba nada trágico. Era sonriente, hasta con una inexplicable timidez en su semblante recio. Venía, a esas horas del amanecer, para solicitar al amigo que fuera padrino de su boda.

Nada más extraño, más descabellado, a juicio del elegido. El ejército invasor (español) debía retirarse por razones tácticas y lo haría acosado por las fuerzas defensoras, en su largo camino al Alto Perú. Carratalá debía partir esa misma noche, custodiando el hospital de enfermos y heridos.

-Al fin lo encuentro, lo he buscado desesperadamente. Le pido que acepte ser mi padrino. No se asombre, me caso con Anita Gorostiaga.

No hubo lugar a objeciones. Las cosas debían hacerse con la premura del caso. Aunque se habló de las dispensas y demás pasos preparatorios. Todo se había previsto. El General en Jefe, vencido ante la obstinación de su subordinado, que amenazaba hasta con dimitir, se interesó con el Vicario General. Al parecer, no surgirían más inconvenientes.

Sólo en casa de Gorostiaga, hay tremenda confusión. Inútiles fueron las amenazas del padre, los ruegos de la madre. A ella, la prometida, no le importaba ni el bando, ni la patria del que va a ser su marido. Solamente sabe que lo quiere, que no soportaría una separación. Es dura y valiente. Se ha criado en medio de esa guerra de guerrillas, de traiciones, de confusión; de un ver pelear con todos los medios ofensivos, y ha visto a familiares y amigos pasarse de uno a otro bando, convivir con el invasor. Son primos, a veces hermanos, los enemigos. Mientras uno muere por la patria, el otro permanece fiel a su rey. Hay vacilaciones, desconcierto, ella sí sabe que ama a José. El coronel del ejército realista, quien en llegando a

Gloria y honor a los Forjadores y sostenedores de la Independencia

Lima, va a dejar su división para volver a la Península, para seguir peleando: contra los franceses, contra los ingleses, contra cualquiera que sea el enemigo del viejo Imperio, que no advierte, se derrumba.

Ella, Anita, sólo llevará, muy adentro del alma, el recuerdo de su valle, circundado de montañas verdes, azules, hasta rosadas, como se ven en los amaneceres, cuando los primeros rayos del sol se reflejan en sus cumbres nevadas; de su casa, de los tejados añejos, de los barrotes labrados, en las ventanas, porque se asoma el patio con su fragancia de magnolia. No volverá a ver ese suelo, ni a sus padres ni a sus hermanos.

En la amplia casona familiar se amontonan las tías viejas y un montón de servidoras, son indiecitas que han aprendido a rezar a y a leer con ella. Sus compañeras de juego, llenas de inventiva, con reminiscencias de costumbres ancestrales. Ahora la rodean sus amigas, las de la sociedad, la halagan, la agasajan. Algunas no han querido venir; son las que no transigen. “¡Es una traidora!”.

En la cancha, se han amontonado los bártulos, son fuertes arcones de madera con olor a alcanfor. La madre, secándose los ojos a cada instante, con la punta de su pañuelito de encaje, dirige a las servidoras. No hay necesidad de su regencia, para eso está la negra Micaela, esclava liberta. “¡Pobre mi amita! Venir a casarse con un godo infame! Pero ella no va a decir nada, apenas puede ir rezando mientras acomoda el ajuar de la novia. (...).

¿Qué apuros? Parecía una casa de locos. El horno ardía sin descanso. Todas las mujeres amasaban, pero cómo saldría eso. (...).

El novio buscaba al padrino. El padre de la novia al Obispo, y sacerdote. En tan tremendo ajeteo, todavía, hubo de adelantarse la hora de la ceremonia, el enemigo estaba sitiando la ciudad. El padrino, que sería luego el Brigadier Tomás de Iriarte de las fuerzas revolucionarias –cambió de bando incorporándose a las fuerzas de Belgrano- llegó cuando la ceremonia había concluido. Fue rápida, en medio de un nerviosismo general. La negra Micaela mantenía cruzados los dedos, las manos escondidas tras la espalda. Ya había hecho sus conjuros y solo esperaba que, de un momento a otro, se desplomara Carratalá, atravesado por una bala enemiga o fulminado por el rayo de Dios. Esa mañana había hecho una disparada hasta el rancho de don Panta, el brujo. Él le había asegurado el fin del militar y estaba enterado de que esa noche atacaría una partida. Los de Güemes sabían de la ceremonia en casa de Gorostiaga y no iban a desperdiciar la oportunidad.

Todos en la casa parecían esperar un milagro. El padre se acercó al novio. Con voz grave, casi suplicante, insinuó la conveniencia de que Anita se quedara todavía con ellos, hasta que los hostigadores se tranquilizaran y dejaran el camino expedito. El mismo, se comprometía, la llevaría después hasta el Perú, hasta El Callao y la embarcaría para España, si el marido se hubiera visto obligado a partir.

Carratalá se quedó anonadado. Era consciente del peligro que los acechaba. Ya estaban los gauchos en los alrededores de la ciudad. No dijo nada. Las razones de su suegro eran poderosas. Llamó a su lugarteniente y le ordenó que le acercara el caballo. No había más tiempo que perder. El rechinar de las últimas carretas del ejército en retirada, había dejado de oírse, tomaba distancia. El coronel subió de un salto a su brioso sillonero, que se irguió sobre las patas traseras, relinchando, espantado por un cercano estampido. Anita corrió hasta él. Parecía que el animal iba a aplastarla con sus manos en alto. El jinete trató de apartarse, Anita seguía avanzando. Carratalá, vencido por la insistencia de ella, sofrenó a la bestia e hizo una señal a su ayudante, quien alzó a la joven en sus brazos y tras dos o tres fallidos intentos logró colocarla en los del que la esperaba impaciente. Anita quedó sentada por delante del esposo. El militar la cubrió con su grueso capote de barragán y espoleando la cabalgadura partieron hacia la oscuridad, en medio de las balas que se cruzaban con la algarabía de los juegos de artificio.

Gloria y honor a los Forjadores y sostenedores de la Independencia

La negra se quedó mirando. Descruzó los dedos y se persignó. “Dios mío, apiádate de ellos” suplicó.

Anita de Gorostiaga y Rioja de Carratalá tenía 35 años cuando protagonizó la singular boda.

II. El contexto de la forzosa huida

Para apreciar lo que sucedía mientras Ana de Gorostiaga huía, después de convertirse en la esposa de Carratalá, se transcribe el Parte del Gobernador Comandante General de Salta D. Martín Güemes, fechado el 9 de mayo de 1817, publicado por La Gaceta el 7 de junio de 1817.

Si con fecha cinco del corriente dije a V.E. que el enemigo desocupó esta plaza, emprendiendo al silencio de la noche tan precipitada retirada, que mas era fuga vergonzosa, lo repito hoy, asegurando que desde el momento que rompieron sus marchas, hasta esta hora, no ha cesado el fuego hostil de las distintas partidas, que los observaban a los alrededores de este pueblo, y que los persiguieron hasta el de Jujuy, donde entraron antes de ayer en medio de la mayor confusión y espanto. En ella han tenido muchos muertos y heridos, según me instruye el jefe de la derecha, Sargento Mayor Apolinar Saravia, con treinta y un pasados, y prisionero un oficial europeo de conducta nada buena. Han perdido todos sus caballos y mulas, con algunos equipajes, hasta el extremo de no entrar un solo hombre montado. Aun no pisaron el citado pueblo de Jujuy cuando ya lo vieron circulado, tanto por las partidas que avisé a V. E. había destinado a la retaguardia cuanto por las que los persiguieron desde aquí. El Comandante Corte, situado en La Viña, a la otra banda del Río Grande, les empenó una fuerte guerrilla, en la que les mató ocho hombres. Y tomó catorce prisioneros con sus armas. El de la misma clase, Quintana, en La Tablada, les tomó trece prisioneros, entre ellos tres europeos, cuatro fusiles y cinco tercerolas. Las partidas de la dependencia del benemérito Sargento Mayor Saravia, al mando del Capitán Dn. Mariano Morales, y del Teniente Dn. Bernardino Olivera, les tomaron sesenta y cuatro mulas, sacadas de las mismas goteras del mismo pueblo. Seguía aún el fuego de estas divisiones, cuando el Comandante Gorriti por la parte del Comedero, les rompió uno tan fuerte y vivo que desde las tres de la mañana duró hasta las seis de la tarde. Ignoro el resultado de éste, pero sí me consta con evidencia, que en la retirada no han comido, ni dormido un instante. Su actual estado es el más triste y deplorable, en impotencia de avanzar, subsistir allí o retirarse, pues si esto último intenta, será con muchísima dificultad y riesgo. Porque las partidas del Comandante Quintana desde puntos ventajosos los perseguirán por el costado izquierdo, la respetable división del Tte. Cnl. D. Manuel Eduardo Arias por la vanguardia, y costado derecho, y las del Sargento Mayor Saravia con otras que de aquí marcharán, harán su deber por la retaguardia; de suerte que el enemigo, sin recurso, será completamente destruido. Para esto no espero sino los caballos, y si estos llegan en estado de operar activamente, crea V. E. que ni el mismo general Serna llegará al destino, o volverá a tiranizar al Perú. Las veinte cargas de municiones que dije a V. E. había tomado el capitán D. Francisco Pastor resultan ser de balas y útiles de artillería, así es que de necesidad debe V. E. auxiliarme con éste artículo, para que la hostilidad se empeña ahora más que nunca, y no cese un instante hasta la total conclusión de los tiranos. Son incalculables los daños y perjuicios que estos perversos han causado en un pueblo inerme. Su conducta no tiene igual ni aun entre las naciones salvajes. Baste decir que sin respetar lo más sagrado de la religión, han convertido su furor y saña, contra inocentes mujeres y contra todo género de propiedad, sin distinción. El robo y el saqueo ha sido su ocupación favorita. No bastan lenguas ni

Gloria y honor a los Forjadores y sostenedores de la Independencia

plumas para poder referir el tropel de escandalosos excesos que han cometido: es preciso verlos para creerlos. No así la conducta de mis bravos oficiales y gauchos en general, obedientes a las órdenes de sus jefes, han sido ejemplares en la comportación que han observado, sin otro norte que la aniquilación del enemigo, a él solo convertían su intrépido valor. El resultado es el de que hoy, no se conoce en esta ciudad, ni mujer, ni hombre enemigo del sistema liberal: hasta los europeos, que por viejos y enfermos quedaron en ella, son ya tan patriotas como yo; tales han sido los insultos, y vejámenes que han experimentado, hasta confesar la justicia de nuestra gran causa. Tanto por esta razón cuanto por la irrepreensible conducta de mis bravos, merezcan estos las consideraciones de V. E. [Manuel Belgrano] y del Supremo Gobierno que con acierto nos dirige [Juan Martín de Pueyrredon]. Ante ambas superioridades, recomiendo tan relevantes méritos. Dios guarde a V. E. muchos años. Salta, mayo 9 de 1817. Martín Güemes.

La Gaceta nada dice del casamiento, pero se pueden advertir las peripecias que la pareja atravesó luego de la ceremonia y tras la forzada huida.

III. El sanitarismo durante la epopeya Güemesiana

El doctor René Joaquín Lávaque escribió que revisando el archivo histórico encontró documentos de gran valor sobre la organización sanitaria durante la lucha por la Independencia. Al respecto dice.

Bien sabemos de las vicisitudes y escollos que se tuvo que vencer, sobre todo en la campaña, por el pésimo nivel de vida, que traía por ende aparejado una serie de males epidémicos y endémicos que pauperizaban a sus habitantes. En este panorama sombrío, lleno de acechanzas y mala ventura, tuvo que moverse el Ejército de la Patria, que nacía.

Güemes, con su genio invencible estaba en todo: la organización de sus milicias gauchas respondía, como bien dice don Manuel Solá, a las divisiones políticas y regionales del territorio de la Intendencia de Salta, principalmente las más estratégicas. Sus escuadrones eran verdaderos Regimientos de Caballería, con su plana mayor, sus jefes y la Compañía de Cirujanos y enfermeros.

Cabe también señalar el celo puesto como gobernante desde el 6 de mayo de 1815 al 24 de abril de 1821. El libro manual de Tesorería general de la provincia del año 1817, nos da cuenta de ello. Hay probidad, justeza y buen criterio en la administración de los fondos del erario público. Veamos lo aseverado. El 13 de abril se anota:

‘A los cirujanos del Ejército Dn. Manuel Vedia y Matías Rivero: 55 reales. Al ayudante Mayor Dn. José María Lahors por las especias que entregara al cirujano Vedia, para el Hospital del Bañando: 68 reales. A Dn. Juan José Marín por una quartilla aguardiente para la curación de enfermos del Hospital de las Milicias: 8 reales’.

Con fecha 30 de setiembre:

‘Por 41 gastos de guerra son data 90 pesos 1 real satisfizo por varios gastos diarios de la curación y asistencia del Hospital Militar que se han administrado por varios auxilios que han pedido al Presidente del Hospital Bethlemítico que unida a la acción de este gobierno Intendencia; para verificar acompaña un comprobante con el número 28. Firmado: Antonio Ceballos, Ministro de Hacienda’.

Gloria y honor a los Forjadores y sostenedores de la Independencia

‘A los boticarios Dn. Serapio Otero y Francisco Reyna por dos onzas de crémor y cuatro de cascarilla para los fines indicados en la anterior partida: 3 reales’.

‘Por orden de este gobierno el Presidente del Hospital Bethlemítico ha satisfecho diversas medicinas para la curación y asistencia por 18 días, son 24 pesos y 7 reales’.

‘Al hospital citado, desde el 16 al 29 por curación de enfermos de Hospital Militar Jujuy que se documenta 24 pesos y 3 reales. Son data 91 pesos que en el mes de la fecha se han invertido en la curación y asistencia de los enfermos del Hospital Militar acreditados por diferentes recibos del Padre Presidente que por comprobante se acompaña con el N° 216. Diciembre 31 de 1818’.

El boticario y protomédico Dn. Sixto Moulony como también el Dr. Roberto Martín Miln son los mejores colaboradores, sanitarios. Sus servicios en la ciudad de Jujuy están avalados varias veces en diversas solicitudes ante el Jefe Gaucho.

El médico titular de la ciudad, Antonio Castellanos Saravia y el administrador del Hospital Dn. José de Uruburu, eleva numerosos informes de enfermos con su historia clínica y tratamiento que son girados al Gobierno para que autorice los medicamentos a proveerse, lo que tiene aprobación inmediata.

Por último, sin caer en redundancia: ‘el licenciado Dr. Manuel Mármol Santa Gatea de Tapia, Conde de Quipildor se dirige al Coronel Dn. Martín M. Güemes solicitando ayuda para la tropa acantonada en Jujuy con fecha 23 de julio de 1818. Recibe respuesta positiva girase los fondos al citado medico con ese destino: socorrer a los heridos en las guerrillas’.

Así cumplió su epopeya el General Güemes, con la colaboración desinteresada de los Dres. Juan Madera; Pedro Carrasco; Baltazar Tejerina; Matías Rivero; Antonio Castellanos Saravia; Roberto Miln; José Redhead; Juan Espinosa; Manuel Vera y otros muchos como también de los boticarios Dn. José María Todd; Sixto Moulony (protomédico); Guillermo Ormachea; José Esteban Columba. Los Padres Bethlemistas fueron Fray Manuel del Carmen; Fray Mariano del Corazón de Jesús; Fray Antonio de San Alberto; Fray Ignacio de San José y tantos más cooperadores que pusieron su ciencia y humanidad en momentos tan cruciales para la Patria.

Eran épocas de enérgicas decisiones, y esos nombres como también aquellos anónimos, supieron avalar con entereza la entrega total que su Jefe máximo hacía en holocausto sublime y que dejara su vida tan valerosamente.

Los aspectos destacados en el escrito del Dr. Lávaque permiten apreciar los formalismos de la época en cuanto al pago de servicios sanitarios, así como algunos de los insumos de uso frecuente, conjuntamente con los nombres de los profesionales.

IV. La Gesta Güemesiana en el Ibero-Amerikanisches Institut

El Ibero-Amerikanisches Institut fue fundado en Berlín en 1930 con el aporte del erudito argentino Ernesto Quesada, hijo del diplomático Vicente Quesada. El Instituto posee la biblioteca más grande de Europa, especializada en América Latina, el Caribe, Portugal y España y se encuentra al servicio del entendimiento y el dialogo intercultural de Alemania con los países mencionados. Quesada donó 82.000 volúmenes con la condición que sirvieran como germen de una institución que cultivara las relaciones intelectuales entre Alemania y América Latina. Así surgió el modelo de tres pilares (información, investigación e intercambio cultural) vigente. En el acceso a dicho instituto se encuentra

Gloria y honor a los Forjadores y sostenedores de la Independencia

una estatua del Grl José de San Martín (único monumento escultórico al prócer en Alemania) junto a la de Simón Bolívar.

El Instituto recibe donaciones de material bibliográfico y tiene especial interés en las producciones argentinas, razón por la cual a fines del año 2018 fueron enviadas las obras: *San Antonio de los Cobres. 30 años testimoniando el Milagro; Inticancha. El alma del paisaje y de su gente; El Clamor de la Puna. Memoria y reivindicación; La Puna en la lucha y sostén de la Independencia. Micro relatos históricos.*

Recientemente la directora del Instituto, Dra. Bárbara Göbel, acusó recibo de lo enviado destacando que

Donaciones como ésta contribuyen de manera esencial al enriquecimiento de nuestras colecciones, mejorando por ende las posibilidades de investigación de nuestro Instituto en el sector de América Latina, España y Portugal. Debido al coste creciente que supone la adquisición de libros y otros medios, la importancia de las donaciones aumentará aún más en el futuro. Esperamos que gracias a su generoso apoyo nos sea posible seguir ofreciendo literatura actual y seguir completando nuestra colección de obras antiguas.

Es una satisfacción compartir el texto de la nota recibida, con los lectores del Boletín.

Palabras finales

En noviembre de 2018 Karl Mangold visitó nuevamente Argentina, al regresar de su itinerario llevó en sus maletas las obras enviadas al Instituto Iberoamericano en Berlín. Karl proviene de Ellwangen y en el año 2013 tradujo una conferencia mía (del español al alemán) a personas a las que hablé del poncho salteño en el salón parroquial de la Iglesia de Schönenbergkirche.

Siempre le estaré agradecida por sus valiosas atenciones y por ser un lector más del Boletín Güemesiano Digital. Hasta la próxima edición.

Buenos Aires, 16 de marzo de 2019

Prof. María Cristina Fernández - martinmiguelfguemes.com.ar
mariaacfernandez@speedy.com.ar - macachita@gmail.com



Ibero-Amerikanisches
Institut
Preußischer Kulturbesitz

PROF. DR. BARBARA GÖBEL
DIREKTORIN

Potsdamer Straße 37
10785 Berlin

Telefon: +49 (0)30 266 45 1300
Telefax: +49 (0)30 266 35 1550
goebel@ial.spk-berlin.de
www.ial.spk-berlin.de

Ibero-Amerikanisches Institut · Potsdamer Straße 37 · 10785 Berlin

Prof. Dra. María Cristina Fernández
Estados Unidos 1260 3º A
(1101) Ciudad de Buenos Aires
Argentina

macachita@gmail.com

Berlín, 16 de enero de 2019

Estimada Sra. Prof. Dra. María Cristina Fernández, *querida María Cristina Fernández,*

En nombre de la biblioteca del Instituto Ibero-Americano y en particular de sus usuarios, me es grato agradecerle la donación de sus publicaciones

San Antonio de los Cobres. 30 años testimoniando el milagro. María Cristina Fernández. Buenos Aires, 2018

Inticancha. El alma del paisaje y de su gente. María Cristina Fernández. Buenos Aires, 2017

El clamor de la Puna. Memoria y reivindicación. María Cristina Fernández. Buenos Aires, 2017

La Puna en la lucha y sostén de la independencia. Micro relatos históricos. CD-ROM. S.I., s.a

Donaciones como esta contribuyen de manera esencial al enriquecimiento de nuestras colecciones, mejorando por ende las posibilidades de investigación de nuestro Instituto en el sector de América Latina, España y Portugal. Debido al coste creciente que supone la adquisición de libros y otros medios, la importancia de las donaciones aumentará aún más en el futuro. Esperamos que gracias a su generoso apoyo nos sea posible seguir ofreciendo literatura actual y seguir completando nuestra colección de obras antiguas.

En caso de que los libros u otros medios recibidos en calidad de donación ya se encuentren en nuestra biblioteca o no entren en la temática de nuestras colecciones, los ofreceremos a otras instituciones para que también estas puedan completar sus fondos.

Reciba un atento y cordial saludo

Barbara Göbel
Prof. Dra. Barbara Göbel